

proscenio. ¡Otra originalidad parisiense! Cuando el Éxito, de pies de arcilla, llena una sala, hay siempre un palco de proscenio por vender diez minutos antes de levantarse el telón; los directores lo guardan para ellos cuando no se presenta á comprarlo una pasión á lo Nucingen. Ese palco es, como el primor de Chevet, el impuesto sacado á los caprichos del Olimpo parisiense.

Es inútil hablar del servicio. Había tres servicios: el servicio pequeño, el mediano y el grande. Los postres del gran servicio eran platos y bandejas de plata sobredorada esculpida. El banquero, para que no pareciese que quería hundir la mesa con valores de oro y de plata, había unido á todos aquellos servicios una deliciosa porcelana de la más encantadora fragilidad, género Sajonia, y que costaba más que un servicio de plata. Respecto á los manteles, las telas de Sajonia, de Inglaterra, de Flandes y de Francia rivalizaban en coquetería con sus flores adamascadas.

En la comida, fué el barón el que se sorprendió al probar la cocina de Asia.

—Comprendo—dijo—*pog* qué la llama usted Asia: es una cocina asiática.

—¡Ah! empiezo á creer que me ama—dijo Ester á Europa—ha dicho algo que se parece á una frase.

—Tengo muchas—dijo el banquero.

—¡Es más Turcaret de lo que dicen!—exclamó la risueña cortesana ante aquella respuesta digna de las candideces célebres escapadas al banquero.

La comida había sido hecha para dar una indigestión al barón, á fin de que se fuese á su casa temprano: y aquello fué lo único que sacó en materia de placer de su primera entrevista con Ester. En el teatro se vió obligado á beber un número infinito de vasos de agua azucarada, dejando á Ester sola durante los entreactos. Por un encuentro tan previsto que no podría llamarse casual, Tulia, Marieta y la señora de Val-Noble estaban aquel día en el teatro. *Ricardo de Arlington* fué uno de esos éxitos locos, y merecidos por otra parte, como no se ven más que en París. Al ver aquel drama, todos los hombres concebían que se pudiese arrojar á la mujer legítima por la ventana, y todas las mujeres querían verse victimadas injustamente. Las mujeres se decían: «Es demasiado fuerte, nosotras sólo somos empujadas... pero eso nos sucede con frecuencia...» Ahora bien, una criatura

de la belleza de Ester, y vestida como iba ella, no podía llamear impunemente en el proscenio de la Porte-Saint-Martin. Así pues, desde el segundo acto, hubo en el palco de las dos bailarinas una especie de revolución causada por la comprobación de la identidad de la hermosa desconocida con la Torpedo.

—¿De dónde sale?—dijo Marieta á la señora de Val-Noble—la creía ahogada...

—¿Es ella? me parece treinta y siete veces más hermosa y más joven que hace seis años.

—Puede que se haya conservado en el hielo, como la señora de Espard y la señora Zayonchek—dijo el conde de Brambourg.

Aquel advenedizo había acompañado á las tres mujeres al teatro, á un palco de platea.

—¿No es la gata que quería usted enviarme para engatusar á mi tío?—dijo Felipe á Tulia.

—Precisamente—respondió Tulia.—Brue!, vaya usted á la orquesta para ver si es ella.

—¡Se peina ella!—exclamó la señora de Val-Noble sirviéndose de una admirable expresión del vocabulario de las entretenidas.

—¡Oh!—dijo el conde de Brambourg—tiene derecho á ello, pues está con mi amigo el barón de Nucingen. Voy allá.

—¿Es acaso esa pretendida Juana de Arco que ha conquistado á Nucingen y con la que nos da *la lata* desde hace tres meses?—dijo Marieta.

—Buenas noches, querido barón—dijo Felipe Bridau entrando en el palco de Ester.—¿Ya está usted casado con la señorita Ester?... Señorita, soy un pobre oficial á quien debía usted sacar antaño de un mal paso, en Issoudun... Felipe Bridau...

—No le conozco—dijo Ester recorriendo con los gemelos toda la sala.

—La *señoguita*—respondió el barón—no se llama ya *Esteg* á secas; se llama la *señoga* de Champy, una pequeña *tiegga* que le he comprado...

—Si hace usted bien las cosas—dijo el conde,—esas señoras dicen que la señora Champy *se peina sola*... Si no quiere usted acordarse de mí, ¿se dignará reconocer á Marieta, á Tulia y á la señora de Val-Noble?—dijo el coronel, que estaba en favor con el Delfín.

—Si esas señoras son buenas para mí, estoy dispuesta á serles agradable—respondió secamente la señora de Champy.

—¡Buenas!—dijo Felipe—son excelentes, la llaman á usted Juana de Arco.

—Pues bien, si esas señoras quieguen venig á hacerle compañía—dijo Nucingen,—la dejagué sola, porque he comido demasiado. Su coche vendrá á buscagla... ¡Demonio de Asia!...

—¡Me dejará usted sola por la primera vez!—dijo Ester.— ¡Vamos! Es preciso saber morir en el puesto. Necesito á mi hombre para salir. Si fuese insultada, ¿quién me defendería?...

El egoísmo del viejo millonario tuvo que ceder ante las obligaciones del enamorado. El barón sufrió y se quedó. Ester tenía sus razones para retener al barón. Si debía recibir las visitas de sus antiguos conocidos, acompañada no sería interrogada tan seriamente como lo hubiese sido estando sola. Felipe Bridau se apresuró á volver al palco de las bailarinas.

—¡Ah! ¡es ella la que hereda mi casa de la calle Saint-Georges!—dijo al conde de Brambourg con amargura la señora de Val-Noble, que, en el lenguaje de aquellas mujeres, se encontraba á pie.

—Probablemente—respondió el conde.—Tillet me ha dicho que el barón ha gastado en ella tres veces más que su pobre Falleix.

—Vamos, pues, á verla—dijo Tulia.

—No—replicó Marieta,—es demasiado hermosa. Iré á verla á su casa.

—Yo me encuentro bastante bien para atreverme—respondió Tulia.

Tulia fué, pues, durante el primer entreacto y renovó su conocimiento con Ester, que se mantuvo dentro de las generalidades.

—¿Y de dónde vienes, mi querida hija?—le preguntó la bailarina, que reventaba de curiosidad.

—¡Oh! he estado cinco años en un castillo de los Alpes con un inglés celoso como un tigre, un nabab; yo le llamaba un nabot (arrapiezo), pues no era más grande que el baile de Ferrette. Y he caído en poder de un banquero, de *caraibe á syllaba*, como dice Florina. Así pues, ahora que he vuelto á París, tengo unas ganas de divertirme que va

á ser para mí un verdadero Carnaval. Tendré casa abierta. ¡Ah! es preciso que me resarza de cinco años de soledad, y empiezo á resarcirme. Cinco años de inglés es demasiado. Según los anuncios, una no debe estar más que seis semanas.

—¿Es el barón quien te ha dado ese encaje?

—No, es un resto del nabab. ¡Qué mala suerte he tenido, hija mía! era amarillo como risa de amigo ante un éxito. Creí que moriría en diez meses. ¡Bah! era fuerte como un roble. Desconfía de todos los que se digan enfermos del hígado. Yo no quiero oír hablar en mi vida de hígado. He tenido demasiada fe en los proverbios... Ese nabab me ha robado: murió sin hacer testamento, y la familia me puso de patitas en la calle como si tuviese la peste. Por eso le he dicho á ese gordo: «¡Paga por dos!» Tenéis razón en llamarme Juana de Arco, ¡he perdido la Inglaterra! y tal vez moriré quemada.

—¡De amor!—dijo Tulia.

—¡Y viva!—respondió Ester, á la que aquella palabra puso pensativa.

El barón se reía de todas aquellas tonterías, pero no las comprendía nunca al instante, de manera que su risa se parecía á uno de esos cohetes olvidados que salen después de un fuego de artificio.

Todos vivimos en una esfera ú otra, y los habitantes de todas las esferas están dotados de una dosis igual de curiosidad. Al día siguiente, en la Opera, la aventura de la vuelta de Ester fué la comidilla de los bastidores. Por la tarde, de dos á cuatro, todo el París de los Campos Eliseos reconoció á la Torpedo y sabía por fin quién era el objeto de la pasión del barón de Nucingen.

—¿Sabe usted—decía Blondet á de Marsay en el *foyer* de la Opera—que la Torpedo desapareció al día siguiente en que la reconocimos aquí por la querida del pequeño Rubempré?

En París, como en provincias, todo se sabe. La policía de la calle de Jerusalén no es tan buena como la del mundo, donde todos se espían sin saberlo. Por eso Carlos había adivinado cuál era el peligro de la posición de Luciano durante y después de la calle Taitbout.

No existe situación más horrible que aquella en que se encontraba la señora de Val-Noble, y la palabra *ir á pie* la describe á las mil maravillas. La despreocupación y la pro-

digas. Nad de esas mujeres les impide pensar en el porvenir. En ese mundo excepcional, mucho más cómico y espiritual de lo que se cree, las mujeres que no tienen esa belleza positiva, casi inalterable y fácil de reconocer, las mujeres, en fin, que no pueden ser amadas más que por capricho, son las únicas que piensan en la vejez y se hacen una fortuna; cuanto más hermosas, más imprevisoras son: «¿Tienes miedo de volverte fea, que te procuras rentas?» es una frase de Florina á Marieta, que puede hacer comprender la causa de esa prodigalidad. En el caso de un especulador que se mata, de un pródigo arruinado, esas mujeres caen con horrible rapidez de una opulencia desenfrenada en una horrible miseria. Se arrojan entonces en brazos de una revendedora de vestidos, venden á vil precio alhajas exquisitas, adquieren deudas, sobre todo para permanecer en un lujo aparente que les permita encontrar lo que acaban de perder: una caja donde sacar dinero. Estas alternativas de su vida explican bastante bien la carestía de una unión casi siempre preparada, en realidad, como Asia había *enganchado* (otra palabra del vocabulario) á Nucingen con Ester. Por eso, los que conocen bien París saben perfectamente á qué atenerse al encontrar, en los Campos Eliseos, ese bazar movible y tumultuoso, tal mujer en coche de alquiler, después de haberla visto un año, seis meses antes, con un tren resplandeciente de lujo y de buen gusto.

—Cuando una cae en Santa Pelagia, es preciso saber saltar al bosque de Bolonia—decía Florina riéndose con Blondet del pequeño vizconde de Portenduere.

¿Qué mujeres hábiles no se arriesgan alguna vez á ese contraste? Permanecen sumidas en horribles palacios adornados, donde expían sus profusiones con privaciones como las que sufren los viajeros perdidos en un Sahara cualquiera; pero no conciben la menor idea de economía. Se aventuran en los bailes de máscaras, emprenden un viaje por provincias, se muestran bien vestidas en los bulevares en los días hermosos. Por otra parte, encuentran entre ellas la abnegación que se demuestran las clases proscritas. Los socorros cuestan poco á la mujer feliz, que se dice: «Yo estaré así el domingo». La protección más eficaz es, no obstante, la de la buscona. Cuando esta usurera se encuentra acreedora, remueve y registra todos los corazones de ancianos en favor de su hipoteca con borcegués y sombrero. Incapaz de pre-

ver el desastre de uno de los más ricos y hábiles agentes de cambio, la señora de Val-Noble se vió cogida en completo desorden. Gastaba el dinero de Falleix en un capricho, y confiaba en él para los casos útiles y para su porvenir. «¿Cómo esperar eso de un hombre que parecía tan *buen muchacho*?»

En casi todas las clases de la sociedad, el *buen muchacho* es un hombre que tiene largueza, que presta algunos escudos aquí y allá, sin pedirlos, que se conduce siempre con arreglo á las leyes de cierta delicadeza, fuera de la moral vulgar, obligada, corriente. Hay personas llamadas virtuosas y honradas que, al igual que Nucingen, han arruinado á sus bienhechores, y hay personas salidas de la prisión correccional que tienen una ingeniosa probidad para una mujer. La virtud completa, el sueño de Moliere, de Alceste, es muy rara; sin embargo, se encuentra. El *buen muchacho* es el producto de una cierta gracia en el carácter que no prueba nada: un hombre es así como el gato sedoso, como una babucha que viene bien al pie. Así pues, en la acepción de la palabra *buen muchacho* para las mujeres entretenidas, Falleix debía advertir á su querida de la quiebra y dejarle con qué vivir. Estourny, el galante estafador, era un *buen muchacho*; hacía trampas en el juego, pero habla separado treinta mil francos para su querida. Por eso, en las cenas del carnaval, las mujeres respondían á sus acusadores: «Es igual!... por mucho que digáis, Jorge era un *buen muchacho* y tenía hermosas maneras; ¡merecía mejor suerte!» Las jóvenes se burlan de las leyes y adoran cierta delicadeza. Saben venderse, como Ester, por un hermoso ideal secreto, la religión de ellas.

Después de haber salvado con gran trabajo algunas joyas del naufragio, la señora de Val-Noble sucumbió bajo el peso terrible de esta acusación: «¡Ha arruinado á Falleix!» Llegaba á la edad de treinta años, y aunque estaba en todo el apogeo de su belleza, no obstante podía pasar tanto mejor por vieja, cuanto que en las crisis todas sus rivales estaban contra ella. Marieta, Florina y Tulia recibían bien á su amiga á comer, le daban algunos socorros; pero como no conocían la cifra de sus deudas, no se atrevían á sondar la profundidad de aquel abismo. Entre la Torpedo y la señora de Val-Noble, seis años de diferencia constituían un compás de espera demasiado largo en las fluctuaciones del mar pa-

risiense, para que la *mujer á pie* se dirigiese á la mujer en coche; pero la Val-Noble sabía que Ester era demasiado generosa para no pensar alguna vez que, según su frase, la había heredado, y no acercársele en un encuentro que parecería casual, aunque fuera buscado. Para conseguir aquella casualidad, la señora de Val Noble se paseaba todos los días por los Campos Elíseos elegantemente vestida, llevando del brazo á Teodoro Gaillard, que ha acabado por casarse con ella, y que, en aquel apuro, se portaba muy bien con su antigua querida; le daba palcos y hacía que la invitaran á todas las giras. Se alababa de que, un hermoso día, Ester se pasearía y se encontrarían frente á frente. Ester tenía á Paccard por cochero, pues su casa fué organizada por Asia, Europa y Paccard en cinco días, según las instrucciones de Carlos, de manera que la casa de la calle Saint-Georges fuese una plaza fuerte. Por su parte, Peyrade, llevado de su odio profundo, de su deseo de venganza, y sobre todo con el de establecer á su querida Lidia, tomó por objeto de sus paseos los Campos Elíseos, desde que Contensón le dijo que la querida de Nucingen iba á él. Peyrade se fingía tan perfectamente el inglés, y hablaba tan bien el francés con las gangosidades que los ingleses introducen en nuestro lenguaje, sabía tan admirablemente el inglés, conocía tan completamente los asuntos de aquel país, adonde le envió por tres veces la policía de París, en 1779 y en 1786, que sostuvo su papel de inglés entre los embajadores y en Londres, sin inspirar sospechas. Peyrade, que tenía mucho de Musson, el famoso burlador, sabía disfrazarse con tanto arte, que Contensón no le conoció un día. Acompañado de Contensón, que iba disfrazado de mulato, Peyrade examinaba á Ester y á sus criados con una mirada que parecía distraída, pero que se fija en todo. Se encontró, pues, naturalmente, en el paseo lateral donde las personas que llevan coche se pasean cuando hace buen tiempo, y el día que Ester encontró á la señora de Val-Noble, Peyrade, seguido de su mulato con librea, caminó sin afectación y como el verdadero nabab que sólo piensa en sí mismo, por la línea de las dos mujeres, de manera de coger al vuelo algunas palabras de su conversación.

—Bueno, mi querida hija—decía Ester á la señora de Val-Noble,—venga á verme. Es un deber de Nucingen no dejar sin un céntimo á la querida de su agente de cambio.

—Con tanta mayor razón cuanto que dicen que él le ha arruinado—dijo Teodoro Gaillard,—y que podríamos hacerle *cantar*...

—Come en mi casa mañana; ven, querida mía—le dijo Ester.

Después, acercándosele al oído, añadió:

—Hago de él lo que quiero, y no ha conseguido aun ni tanto así.

Y colocó una de sus uñas enguantadas en el más bonito de sus dientes, é hizo ese gesto tan conocido cuya significación enérgica quiere decir: *¡nada!*

—Le dominas...

—Querida mía, sólo ha pagado mis deudas.

—¡Qué raquítico!—exclamó la señora de Val-Noble.

—¡Oh!—repuso Ester—temo hacer retroceder á un ministro de Hacienda. Ahora quiero treinta mil francos de renta... *antes de la prueba*... ¡Oh! es encantador, no puedo quejarme. Tiene una prisa... Dentro de ocho días damos la comida de inauguración; tú asistirás. Por la mañana debe ofrecerme el contrato de la casa de la calle Saint-Georges. Decentemente no se puede habitar una casa semejante sin treinta mil francos de renta de una... para tenerlos en caso de desgracia. He conocido la miseria, y no quiero conocerla más. Hay ciertos conocimientos de los que se cansa una en seguida.

—Tú, que decías: «¡La fortuna soy yo!» ¡cómo has cambiado!—exclamó Susana.

—Son los aires de Suiza; una se vuelve económica... Mira, vete allí, querida mía, *haz un suizo*, y tal vez harás de él un marido; pues aun no saben lo que son las mujeres como nosotras... En todo caso, volverás con el amor de las rentas en el Gran Libro, un amor honrado y delicado. Adiós.

Ester subió á su coche tirado por los más magníficos caballos gris-tordo que había entonces en París.

—La mujer que sube al coche—dijo entonces Peyrade en inglés á Contensón—está muy bien, pero prefiero á la que se pasea; vas á seguirla y averigua quién es.

—Mire lo que acaba de decir en inglés ese inglés—dijo Teodoro Gaillard repitiendo á la señora de Val-Noble la frase de Peyrade.

Antes de arriesgarse á hablar en inglés, Peyrade había

soltado en aquella lengua una palabra que hizo hacer á Teodoro Gaillard un movimiento de cabeza por el cual se aseguró aquél de que el periodista sabía el inglés. Al enterarse, la señora de Val-Noble caminó muy despacio hasta su casa, situada en la calle Luis el Grande, en un hotel decentemente amueblado, y mirando de reojo para ver si el mulato la seguía. Aquella casa pertenecía á la señora Gerard, á quien le había hecho favores la señora de Val-Noble en sus días de esplendor, y que le demostraba su agradecimiento hospedándola de una manera conveniente. Aquella buena mujer, burguesa honrada, llena de virtudes, y hasta piadosa, aceptaba á la libertina como á una mujer de un orden superior; la veía siempre en medio de su lujo, y la tomaba por una reina destronada; le confiaba sus hijos, y, cosa más natural de lo que se cree, la cortesana era tan escrupulosa al llevarlos al teatro como lo sería una madre: era amada de las dos señoritas Gerard. Aquella buena y digna hospedera se parecía á esos sublimes sacerdotes que ven aun una criatura que salvar y á quien amar en esas mujeres puestas fuera de la ley. La señora de Val-Noble respetaba aquella honradez; frecuentemente, hablando por la noche, la envidiaba y deploraba sus desgracias.

—Aun es usted hermosa y puede tener un buen fin —le decía la señora Gerard.

Por otra parte, la señora de Val-Noble no se había hundido más que relativamente. El vestido de aquella mujer, tan derrochadora y tan elegante, estaba aún bastante bien para permitirle aparecer, cuando se presentaba la ocasión, como el día de *Ricardo de Arlington* en la Porte-Saint-Martin, en todo su esplendor. La señora Gerard pagaba aún bastante graciosamente los coches que la mujer á pie necesitaba para ir á comer á la ciudad, para ir al teatro y para volver.

—Bueno, mi querida señora Gerard—le dijo á aquella honrada mujer,—creo que mi suerte va á cambiar.

—Vaya, señora, mejor; pero sea juiciosa, piense en el porvenir... No contraiga deudas. ¡Me causa tanta pena despedir á las personas que la buscan!...

—¡Bah! no se inquiete usted por esos *perros*, que han ganado todos sumas enormes conmigo. Mire, aquí tiene unas entradas de las Varietés para sus hijas, un buen palco para la segunda. Si alguien preguntase por mí esta noche y yo no

estuviese, déjele subir. Estará Adela, mi antigua camarera; voy á enviársela.

La señora de Val-Noble, que no tenía tía ni madre, se veía obligada á recurrir á su camarera (¡á pie también!) para hacerla representar el papel de una Saint-Esteve con el desconocido cuya conquista iba á permitirle volver á su rango. Fué á comer con Teodoro Gaillard, que aquel día hacía una gira, es decir, una comida ofrecida por Nathán, que pagaba una apuesta perdida, una de esas bacanales de las que se dice á los invitados: «¡Habrán mujeres!»

Peyrade no se había decidido sin poderosas razones á mezclarse en aquella intriga. Su curiosidad, como la de Co-rentín, estaba, por otra parte, tan vivamente excitada, que sin motivo se hubiera mezclado en aquel drama. En aquel momento la política de Carlos X había terminado su última evolución. Después de haber confiado el timón de los negocios á ministros de su elección, el rey preparaba la conquista de Argel para hacer servir aquella gloria de pasaporte á lo que han llamado un golpe de Estado. En el interior, nadie conspiraba ya, y Carlos X creía no tener ningún adversario. En política, como en la mar, hay calmas engañosas. Co-rentín había caído, pues, en una inacción absoluta. En aquella situación, un verdadero cazador, para entretenerse, *á falta de tordos, mata mirlos*. Domiciano mataba moscas á falta de cristianos. Testigo de la detención de Ester, Contensón, con el sentido exquisito del policía, había juzgado muy bien aquella operación. Como habrán visto ya, el pillo no se tomó la pena de ocultar su opinión al barón de Nucingen. «¿En provecho de quién se pone á contribución la pasión del banquero?» fué la primera pregunta que se hicieron los dos amigos. Después de haber reconocido en Asia un personaje de la obra, Contensón contó con ella para llegar hasta el autor; pero se le escapó de las manos durante algún tiempo ocultándose como una anguila en el estanque parisiense, y cuando la encontró de cocinera en casa de Ester, la cooperación de aquella mulata le pareció inexplicable. Por primera vez en su vida, los dos artistas en espionaje encontraban un texto indescifrable, al mismo tiempo que sospechaban una historia tenebrosa. Después de tres ataques sucesivos y atrevidos á la casa de la calle Taitbout, Contensón halló el mutismo más obstinado. Mientras Ester vivió allí, el portero pareció dominado por un profundo terror. Tal vez Asia ha-

bla prometido dar morcilla á toda la familia, en caso de indiscreción. Al día siguiente de aquel en que Ester abandonó su habitación, Contensón halló al portero algo más razonable; echaba mucho de menos á aquella damita que le daba los restos de la comida. Contensón, disfrazado de corredor de comercio, apalabraba el piso, y escuchaba las quejas del portero burlándose de él y poniendo en duda todo lo que decía con muchos «¿Es posible?...»

—Sí, señor, esa damita ha vivido aquí cinco años sin haber salido nunca, hasta el punto que su amante, aunque no se le pudiese hacer á ella el menor reproche, tomaba las mayores precauciones para venir, para entrar y para salir. Por otra parte, era un joven muy guapo.

Luciano se encontraba aún en Marsac, en casa de su hermana, la señora Sechard; pero cuando volvió, Contensón envió al portero al muelle Malaquais, para preguntar al señor de Rubempré si consentía en vender los muebles de la habitación dejada por la señora Van-Bogseck. El portero reconoció entonces en Luciano al amante misterioso de la joven viuda, y Contensón no quería saber más. Pueden figurarse el asombro profundo, aunque contenido, que se apoderó de Luciano y Carlos, que creyeron al portero loco, y trataran de persuadirle.

En veinticuatro horas fué inventada una contra-policía por Carlos, que sorprendió á Contensón en flagrante delito de espionaje. Contensón, disfrazado de frutero del mercado, había llevado ya dos veces las provisiones compradas por Asia, y dos veces entró en el palacio de la calle Saint-Georges. Corentín, por su parte, se movía; la realidad del personaje de Carlos Herrera le dejó parado; pero pronto supo que aquel abad, el enviado secreto de Fernando VII, había ido á París á fines del año 1823. No obstante, Corentín tuvo que estudiar las razones que tenía aquel español para proteger á Luciano de Rubempré. Bien pronto le fué demostrado á Corentín que Luciano de Rubempré había tenido cinco años por querida á Ester. Así pues, la sustitución de la inglesa por Ester se habla llevado á cabo en interés del *dandy*. Ahora bien, Luciano no contaba con ningún medio de existencia, le negaban á la señorita de Grandlieu por mujer, y acababa de comprar por un millón la tierra de Rubempré. Corentín hizo moverse diestramente al director general de la policía del reino, á quien el prefecto de poli-

cia dijo, á propósito de Peyrade, que en aquel asunto los litigantes eran nada menos que el conde de Serizy y Luciano de Rubempré. «¡Ya caigo!» habían exclamado Peyrade y Corentín. El plan de los dos amigos estuvo trazado en un momento. «Esa joven, habla dicho Corentín, ha tenido líos, y debe tener amigas. Entre esas amigas es imposible que no se encuentre una en la desgracia; uno de nosotros debe de representar el papel de un rico extranjero que la entretendrá, y haremos que se frecuenten. Siempre necesitan unas de otras para el tráfico de los amantes, y estaremos así en el corazón de la plaza». Peyrade pensó, naturalmente, en representar el papel de inglés. La vida de libertinaje que tenía que llevar durante el tiempo necesario para el descubrimiento de la intriga de que había sido víctima, le sonreía, mientras que Corentín, envejecido por sus trabajos y bastante enclenque, se preocupaba poco. Disfrazado de mulato, Contensón escapó al instante á la contra-policía de Carlos. Tres días antes del encuentro de Peyrade y de la señora de Val-Noble en los Campos Eliseos, el último de los agentes de los señores Sartines y Lenoir, provisto de un pasaporte en regla, se apeó en la calle de la Paix, en el hotel Mirabeau, llegando de las colonias por el Havre en una calecita tan sucia como si llegase del Havre, aunque sólo había hecho el camino de Saint-Denis á París.

Por su parte, Carlos Herrera hizo visar su pasaporte en la embajada española, y lo dispuso todo en el muelle Malaquais, para un viaje á Madrid. He aquí porqué. Al cabo de unos días Ester iba á ser propietaria del palacito de la calle Saint-Georges, y debía obtener una inscripción de treinta mil francos de renta; Europa y Asia eran bastante astutas para hacérselo vender y entregar el producto á Luciano. Este, que se decía rico por la liberalidad de su hermana, acabaría de aquel modo de pagar el precio de la tierra de Rubempré. Nadie podía decir nada de aquella conducta. Sólo Ester podía ser indiscreta; pero antes habría muerto que hacer un solo movimiento de cejas. Clotilde acababa de enarbolar un pañuelito rosa en su cuello de cisne; la partida estaba, pues, ganada en el palacio de Grandlieu. Las acciones de los ómnibus daban ya el trescientos por ciento. Desapareciendo por algunos días, Carlos frustraba toda intriga. La prudencia humana lo había previsto todo, ni una falta era posible. El falso español debía partir al día siguiente

al en que Peyrade encontró á la señora de Val-Noble en los Campos Elíseos. Ahora bien, la misma noche, á las dos, Asia llegó al muelle Malaquais en coche, y encontró al fogonero de aquella máquina fumando en su habitación y entre-gándose al resumen que acaba de ser narrado en unas palabras, como un autor repasando una página de su libro para descubrir en ella faltas que corregir. Un hombre semejante no quería cometer dos veces un olvido como el del portero de la calle Taitbout.

—Paccard—le dijo Asia al oído—ha reconocido esta madrugada, á las dos y media, en los Campos Elíseos, á Contensón disfrazado de mulato y sirviendo de criado á un inglés que desde hace tres días se pasea por los Campos Elíseos para observar á Ester. Paccard ha reconocido á ese mastín en los ojos, como le conocí ya cuando se disfrazó de portero de mercado. Paccard ha conducido á la pequeña de manera de no perder de vista á nuestro granuja. Está en el hotel Mirabeau; pero ha cambiado tantos signos de inteligencia con el inglés, que es imposible, según dice Paccard, que el inglés sea un inglés.

—De todos modos, viene á ser como un tábano que se nos hubiese pegado en la espalda. Yo desaparezco hasta pasado mañana. Ese Contensón es quien nos ha echado encima al portero de la calle Taitbout. Precisa, ante todo, que sepamos si el falso inglés es enemigo nuestro.

Al mediodía, el mulato del señor Samuel Johnson servía gravemente á su señor, que almorzaba siempre demasiado bien por cálculo. Peyrade quería hacerse pasar por un inglés del género *Bebedor*; nunca salía más que entre dos vinos. Llevaba unas polainas de tela negra que le llegaban hasta las rodillas, y hinchidas de manera que le engordaban las piernas; su pantalón estaba forrado de un fustón enorme; llevaba un chaleco abotonado hasta la barba; su corbata azul le rodeaba el cuello hasta rozarle las mejillas; llevaba una peluquita roja que le ocultaba la mitad de la frente, y había crecido unas tres pulgadas, de manera que el concurrente más antiguo del café David no le hubiese conocido. Al ver su vestido cuadrado, negro, holgado y limpio como un traje inglés, un transeunte debía tomarle por un inglés millonario. Contensón había manifestado la insolencia fría del criado de confianza de un nabab; era mudo, grosero, desdeñoso, poco comunicativo, y se permitía gestos raros y

gritos feroces. Peyrade terminaba su segunda botella, cuando un mozo del hotel introdujo sin ceremonia en la habitación á un hombre en quien Peyrade, al igual que Contensón, reconoció un gendarme vestido de burgués.

—Señor Peyrade—dijo el gendarme dirigiéndose al nabab y hablándole al oído,—tengo orden de llevarle á usted á la prefectura.

Peyrade se levantó sin hacer la menor objeción y buscó su sombrero.

—Encontrará usted un coche á la puerta—le dijo el gendarme en la escalera.—El prefecto quería detenerle, pero se ha contentado con enviar á pedir explicaciones de su conducta al oficial de paz que encontrará usted en el coche.

—¿Debo acompañarles?—le preguntó el gendarme al oficial de paz cuando Peyrade hubo subido al coche.

—No—respondió el oficial.—Diga en voz baja al cochero que vaya á la prefectura.

Peyrade y Carlos se encontraban juntos en el mismo coche. Carlos tenía á su alcance un puñal. El coche era guiado por un cochero de confianza, capaz de dejar salir á Carlos sin apercibirse ni asombrarse, al llegar á la parada, de encontrar un cadáver en su coche. Nunca se reclama á un espía. La justicia deja casi siempre esos crímenes impunes, tan difícil es ver claro en ellos. Peyrade dirigió su mirada de espía al magistrado que le enviaba el prefecto de policía. Carlos le presentó unos rasgos satisfactorios: un cráneo pelado, surcado de arrugas por detrás, y cabellos empolvados; después, sobre dos ojos tiernos como ribeteados de longaniza, y que pedían cuidados, unas gafas de oro muy ligeras, muy burocráticas, de cristales verdes y dobles. Aquellos ojos ofrecían certificados de enfermedades innobles. Llevaba una camisa de percal con chorreras, un chaleco de satín negro usado, un pantalón de hombre de justicia, unas medias de filadiz negro y unos zapatos sujetos con cintas, una ancha levita negra, unos guantes de dos pesetas negros y llevados hacía diez días y una cadena de reloj de oro. Era, ni más ni menos, el magistrado inferior llamado antinómicamente *oficial de paz*.

—Mi querido señor Peyrade, siento que un hombre como usted sea objeto de vigilancia y que se moleste en justificarla. Su disfraz no es del gusto del señor prefecto. Si cree usted escapar de ese modo á nuestra vigilancia, está equi-

vocado. ¿Ha tomado usted el camino de Inglaterra á Beaumont-sur-Oise?

—¿A Beaumont-sur-Oise?—respondió Peyrade.

—¿O á Saint-Denis?—continuó el abad.

Peyrade se turbó. Aquella nueva pregunta exigía una respuesta. Ahora bien, toda respuesta era peligrosa. Una afirmación era una burla; una negación, si el hombre sabía la verdad, perdía á Peyrade.

—Es astuto—pensó.

Y trató de mirar al oficial de paz sonriendo, y le dió la sonrisa por toda respuesta. La sonrisa fué aceptada sin protesta.

—¿Con qué objeto se ha disfrazado usted, ha tomado una habitación en el hotel Mirabeau y ha puesto á Contensón de mulato?—le preguntó el falso magistrado.

—El señor prefecto hará de mí lo que quiera; pero yo no doy cuenta de mis acciones más que á mis jefes—dijo Peyrade con dignidad.

—Si quiere usted darme á entender que obra por cuenta de la policía general del reino—dijo Carlos secamente,—cambiaremos la dirección, é iremos á la calle de Grenelle en lugar de ir á la de Jerusalén. Tengo las órdenes más terminantes respecto á usted. Mas tenga cuidado; no le quieren muy mal, pero en un momento dado, lo echaría usted todo á perder. Respecto á mí, no le deseo á usted ningún mal... Pero, ¡marchemos!... Dígame la verdad...

—¿La verdad? aquí la tiene usted—dijo Peyrade dirigiendo una mirada astuta á los ojos rojos de su cancerbero.

El rostro de Carlos permaneció mudo, impassible; el oficial de paz hacia su oficio, toda verdad le era indiferente, parecía culpar al prefecto de algún capricho. Los prefectos tienen caprichos.

—Me he enamorado como un loco de una mujer, la querida de ese agente de cambio que viaja por su placer y á disgusto de sus acreedores, Falleix.

—¿La señora de Val-Noble?—dijo el oficial.

—Sí—repuso Peyrade.—Para poder entretenerla durante un mes, lo cual no me costará más de mil escudos, me he disfrazado de nabab y he tomado á Contensón de criado. Esto es tan verdad, señor, que si quiere usted dejarme en el coche, donde le esperaré, á fe de antiguo comisario de policía, suba al hotel é interrogué á Contensón. No

sólo Contensón le confirmará lo que tengo el honor de decirle, sino que, además, verá usted á la camarera de la señora de Val-Noble, que debe traerme esta mañana el consentimiento á mis proposiciones, ó las condiciones de su señora. Un mono viejo es conocedor en muecas: he ofrecido mil francos al mes y coche; esto hace mil quinientos francos; quinientos francos en regalos, y otros tantos en varias partidas, comidas, espectáculos; ya ve usted que no me equivoco en un céntimo al decirle mil escudos. Un hombre de mi edad puede muy bien gastar mil escudos en su último capricho.

—¡Ah! papá Peyrade ¿aun le gustan lo bastante las mujeres para...? Pero me ha cogido usted; yo tengo sesenta años y paso muy bien sin ellas... Sin embargo, si las cosas son como usted dice, concibo que para proporcionarse ese capricho haya usted necesitado darse el aire de extranjero.

—Ya comprenderá usted que Peyrade ó el padre Canquoëlle de la calle de los Moineaux...

—Sí, ni uno ni otro hubieran conocido á la señora de Val-Noble—repuso Carlos encantado de saber la dirección del padre Canquoëlle.—Conocí antaño una mujer—dijo el falso magistrado—que era entretenida por el ejecutor de la justicia. Un día, en el teatro, se pinchó con un alfiler, y como esto sucedía antes de la revolución, exclamó: «¡Ah! ¡verdugo!» «¿Es una reminiscencia?» le dijo uno... Pues bien, mi querido Peyrade, abandonó á su amante á causa de aquella frase. Concibo que no quiera usted exponerse á un insulto semejante... La señora de Val-Noble es una mujer distinguida, la vi un día en la Ópera, y la encontré hermosa... Haga que vuelva el cochero á la calle de la Paix, mi querido Peyrade, subiré con usted á su habitación y verá las cosas por mí mismo. Un informe verbal bastará, sin duda, al señor prefecto.

Carlos sacó de su bolsillo una tabaquera de cartón negro forrada de plata sobredorada, la abrió y ofreció un polvo á Peyrade con un gesto de franqueza adorable. Peyrade se dijo:

—¡He ahí á sus agentes!... ¡Dios mío! si el señor Lenoir ó el señor Sartine resucitasen, ¿qué dirían?

—Esa es, sin duda, una parte de la verdad, pero no es toda, mi querido amigo—dijo el falso oficial de paz acabando de absorber por la nariz su polvo.—Se ha mezclado

usted en los asuntos íntimos del barón de Nucingen, y quiere usted, sin duda, cogerle en algún nudo corredizo; le ha fallado usted con la pistola, y le apunta con un cañón. La señora de Val-Noble es amiga de la señora de Champy...

—¡Ah! ¡diablol! ¡no nos encerremos!—se dijo Peyrade.—Es más fuerte de lo que creía. Juega conmigo: habla de soltarme, y continúa haciéndome hablar.

—¿Y qué?—dijo Carlos con aire de autoridad magistral.

—Señor, es verdad que he hecho mal en buscar por cuenta del señor de Nucingen una mujer de la que estaba locamente enamorado. Esta es la causa de la desgracia en que estoy; pues parece que he tocado, sin saberlo, intereses muy graves.—El magistrado subalterno estuvo impasible.—Pero conozco bastante la policía, después de cincuenta y dos años de servicios—repuso Peyrade,—para abstenerme después de la reprimenda que me ha soltado el señor prefecto, que seguramente tenía razón.

—¿Renunciaría usted á su capricho, si el señor prefecto se lo pidiese? Esta sería, creo, la mejor prueba de la sinceridad de lo que usted me dice.

«¡Cómo va! ¡cómo va! se decía Peyrade. ¡Ah! ¡pardiez! los agentes de hoy valen tanto como los del señor Lenoir.»

—¿Renunciar á él?—dijo Peyrade.—Esperaré las órdenes del señor prefecto... Pero si quiere usted subir, ya estamos en el hotel.

—¿De dónde saca usted los fondos?—le preguntó Carlos con aire sagaz y á quemarropa.

—Señor, tengo un amigo...—dijo Peyrade.

—Vaya usted á decirle eso á un juez de instrucción—repuso Carlos.

Aquella audaz escena era en Carlos el resultado de una de esas combinaciones cuya sencillez sólo podía salir de la cabeza de un hombre de su temple. Había enviado muy temprano á Luciano á casa de la condesa de Serizy. Luciano rogó al secretario particular del conde que fuese á pedir al prefecto informes acerca del agente empleado por el barón de Nucingen. El secretario volvió provisto de una nota acerca de Peyrade, la copia del sumario escrito en el legajo:

«En la policía desde 1778, y venido de Aviñón á París dos años antes.

»Sin fortuna y sin moralidad, y depositario de secretos de »Estado.

»Domiciliado en la calle de los Moineaux, con el nombre »de Canquoëlle, nombre del pequeño bien con el que vive »su familia en el departamento de Vaucluse, familia honrada, »por otra parte.

»Ha sido demandado recientemente por uno de sus »brinos, llamado Teodosio Peyrade.» (Véase el informe de un agente, núm. 37 de las piezas.)

—Él es el inglés á quien Contensón sirve de mulato—exclamó Carlos cuando Luciano le llevó los informes dados de viva voz, además de la nota.

En tres horas, aquel hombre, de una actividad de general en jefe, había encontrado para Paccard un inocente cómplice capaz de representar el papel de un gendarme disfrazado de burgués, y se había disfrazado de oficial de paz. Había proyectado por tres veces matar á Peyrade en el coche; pero se había prohibido cometer un asesinato por él mismo, y se prometió deshacerse á su debido tiempo de Peyrade haciéndole pasar por millonario á algunos forzados libertados.

Peyrade y su mentor oyeron la voz de Contensón que hablaba con la camarera de la señora de Val-Noble. Peyrade hizo entonces seña á Carlos de que permaneciese en la primera pieza, queriendo decirle con aquello:

—Va usted á juzgar de mi sinceridad.

—La señora consiente en todo—decía Adela.—La señora está en este momento en casa de una amiga suya, la señora de Champy, que tiene aun por un año una habitación amueblada en la calle Taitbout, y que se la dará sin duda alguna. La señora estará mejor allí para recibir al señor Johnson, pues los muebles estan aún en muy buen estado, y el señor podrá comprárselos á la señora, entendiéndose con la señora de Champy.

—Bien, hija mía. Si no es una zanahoria, son las hojas—dijo el mulato á la joven estupefacta;—pero nosotros participaremos...

—¡Eso es un hombre de color!—exclamó la señorita Adela.—Si su nabab es un nabab, puede muy bien dar esos muebles á la señora. El contrato termina en abril de 1830, y su nabab podrá renovarlo si lo encuentra bien.

—Yo ser contento—respondió Peyrade, que hizo su entrada dándole un golpe en el hombro á la camarera.

E hizo un gesto de inteligencia á Carlos, que respondió con otro gesto de asentimiento comprendiendo que el nabab debía guardar su papel. Pero la escena cambió súbitamente por la entrada de un personaje contra quien ni Carlos ni el prefecto podían nada. Corentín se mostró de pronto. Había encontrado la puerta abierta y venía á ver cómo representaba el papel de nabab su viejo Peyrade.

—El prefecto me atolondra siempre—dijo Peyrade al oído á Corentín;—me ha descubierto de nabab.

—Haremos caer al prefecto—dijo Corentín al oído á su amigo.

Después, saludando fríamente, se puso á examinar socarronamente al magistrado.

—Quédese aquí hasta que vuelva; voy á la prefectura—dijo Carlos.—Si no me ve usted, puede satisfacer su capricho.

Después de haber dicho aquellas palabras al oído á Peyrade, á fin de no descubrir el personaje á los ojos de la camarera, Carlos salió sin preocuparse de que le mirase el recién llegado, en el cual reconoció una de esas naturalezas rubias, de ojos azules y terriblemente fríos.

—Es el oficial de paz que me ha enviado el prefecto—dijo Peyrade á Corentín.

—¡Ese!—respondió Corentín—te has dejado engañar.— Ese hombre lleva tres juegos de naipes en sus zapatos, eso se ve en la posición del pie en el zapato, y un oficial de paz no necesita disfrazarse.

Corentín bajó con rapidez para aclarar sus sospechas; Carlos subía al coche.

—¡Eh! ¡señor abad!...—exclamó Corentín.

Carlos volvió la cabeza, vió á Corentín y subió al coche; pero Corentín tuvo tiempo de decirle á la portezuela:

—¡Eso es todo lo que quería saber!

—¡Al muelle Malaquais! —gritó Corentín al cochero poniendo infernales burlas en su acento y en su mirada.

—Vamos—se dijo Jacobo Collin,—estoy perdido, me han conocido; es preciso ganarles por la mano, y sobre todo saber lo que nos quieren.

Corentín había visto cinco ó seis veces á Carlos Herrera, y la mirada de este hombre no podía olvidarse. Corentín

había reconocido primero la anchura de sus espaldas, después la hinchazón de sus mejillas y la trampa de las tres pulgadas obtenidas por un talón interior.

—¡Ah! viejo mío, ¡te ha engañado!—dijo Corentín al ver que sólo estaban en la habitación Peyrade y Contensón.

—¿Quién?—exclamó Peyrade, cuyo acento tuvo una vibración metálica.—Emplearé mis últimos días en ponerle en una parrilla y darle vueltas.

—Es el abad Carlos Herrera, probablemente el Corentín de Madrid. Todo se explica. El español es un libertino que ha querido hacer la fortuna de ese jovencuelo acufiando moneda con la explotación de una muchacha bonita... Tú debes saber si quieres luchar con un abad que me parece terriblemente astuto.

—¡Oh!—exclamó Contensón—recibió los trescientos mil francos el día del arresto de Ester, estaba en el coche, me acuerdo de esos ojos, de esa frente, de aquellos señales de viruela.

—¡Ah! ¡qué dote hubiese tenido mi pobre Lidia!—exclamó Peyrade.

—Puedes quedarte de nabab—dijo Corentín.—Para tener un ojo en casa de Ester, es necesario liarla con la Val-Noble, Ester era la verdadera querida de Luciano de Rubempré.

—Le han sacado ya al Nucingen cerca de quinientos mil francos—dijo Contensón.

—Necesitan aun otro tanto—repuso Corentín.—La tierra de Rubempré cuesta un millón. Papá—le dijo á Peyrade dándole un golpe en un hombro,—podías tener más de cien mil francos para casar á Lidia.

—No digas eso, Corentín. Si tu plan nos fallase, no sé de lo que sería capaz...

—¡Tal vez los tengas mañana! El abad, querido mío, es muy astuto, debemos humillarnos, es un diablo superior; pero le tengo en mi poder, es inteligente, y capitulará. Procura ser tan estúpido como un nabab, y no temas nada.

La noche de aquel día en que los verdaderos adversarios se habían encontrado frente á frente y en un terreno llano, Luciano fué á pasar la velada al palacio Grandlieu. La concurrencia era allí numerosa. A la faz de todo el mundo, la duquesa retuvo á su lado durante algún tiempo á Luciano, mostrándose cariñosísima con él.

—¿Ha ido usted á hacer un viajecito?—le dijo.

—Sí, señora duquesa. Mi hermana, deseando facilitar mi matrimonio, ha hecho grandes sacrificios, y he podido adquirir la tierra de Rubempré, recomponerla por entero. Como he encontrado en mi procurador de París un hombre hábil, ha sabido evitarme las pretensiones que los poseedores de bienes hubiesen tenido al saber el nombre del comprador.

—¿Hay un castillo?—dijo Clotilde sonriendo demasiado.

—Hay algo que se parece á un castillo; pero lo más prudente será servirse de ello como materiales para construir una casa moderna.

Los ojos de Clotilde despedían llamas de felicidad al través de sus sonrisas de contento.

—Hará usted esta noche un *rubber* con mi padre—le dijo ella muy bajo.—Dentro de quince días espero que será usted invitado á comer.

—¿Y bien? mi querido señor—le dijo el duque de Grandlieu.—¿dicen que ha comprado usted la tierra de Rubempré? le felicito á usted por ello. Eso es una respuesta para los que declan que tenía usted deudas. Nosotros, como la Francia y la Inglaterra, no podemos tener deudas públicas; pero, mire usted, las personas sin fortuna, los comerciantes, no pueden darse ese tono...

—¡Eh! señor duque, aun debo quinientos mil francos de mi tierra.

—Pues bien, es preciso casarse con una joven que se los lleve; pero difícilmente encontrará un partido de esa fortuna en nuestro arrabal, donde se da poco dote á las jóvenes.

—Pero ellas tienen bastante con su nombre—respondió Luciano.

—No somos más que tres jugadores para el whist, Maufrigneuse, de Espard y yo, y nos falta el cuarto—dijo el duque.—¿Quiere usted serlo?—añadió mostrando á Luciano la mesa de juego.

Clotilde fué á la mesa de juego para ver jugar á su padre.

—Quiere que tome esto por mi cuenta—dijo el duque estrechando las manos de su hija y mirando de reojo á Luciano, que permaneció serio.

Luciano, el compañero del marqués de Espard, perdió veinte luises.

—Querida madre—fué á decirle Clotilde á la duquesa,—ha tenido la galantería de perder.

A las once, después de unas palabras amorosas cambiadas con la señorita de Grandlieu, Luciano se fué y se metió en la cama pensando en el triunfo completo que debía obtener al cabo de un mes, pues no dudaba que sería aceptado como pretendiente de Clotilde, y casado antes de la cuaresma de 1830. Al día siguiente, á la hora en que Luciano fumaba algunos cigarrillos después de almorzar, en compañía de Carlos, que estaba muy preocupado, les anunciaron al señor de Saint-Estève (¡qué epigrama!) que deseaba hablar ya al abad Carlos Herrera, ya al señor Luciano de Rubempré.

—¿Han dicho abajo que yo he partido?—exclamó el abad.

—Sí, señor—respondió el *groom*.

—Bueno, recibe á ese hombre—le dijo á Luciano;—pero no digas ni una palabra comprometedora, no dejes escapar ningún gesto de asombro; es el enemigo.

—Ya me oirás—dijo Luciano.

Carlos se ocultó en la pieza contigua, y por la rendija de la puerta vió entrar á Corentín, á quien sólo conoció por la voz, á tan alto grado llegaba aquel gran hombre en el don de la transformación. En aquel momento, Corentín se parecía á un antiguo jefe de división del Tesoro público.

—No tengo el honor de que usted me conozca, caballero—le dijo Corentín;—pero...

—Dispéñeme que le interrumpa, caballero—le dijo Luciano;—pero...

—Pero, se trata de su matrimonio con la señorita Clotilde de Grandlieu, que no se efectuará—dijo entonces vivamente Corentín. (Luciano se sentó y no respondió nada.)—Está usted entre las manos de un hombre que tiene el poder, la voluntad y la facilidad de probar al duque de Grandlieu que la tierra de Rubempré será pagada con el precio que un estúpido le ha dado á usted por su querida, la señorita Ester. Se encontrarán fácilmente las minutas de los juicios en virtud de los cuales la señorita Ester ha sido perseguida, y se tienen medios para hacer hablar á Estourny. Las maniobras extremadamente hábiles empleadas contra el barón de Nucingen serán sacadas á luz... En este momento puede arreglarse todo. Dé usted una suma de cien mil francos y tendrá usted paz... Esto no me concierne. Soy el encargado de negocios de los que se entregan á este *chantage*: esto es todo.

Corentín hubiese podido hablar una hora; Luciano fumaba un cigarrillo con aire perfectamente indiferente.

—Señor—le respondió,—no quiero saber quién es usted, pues las personas que se encargan de comisiones semejantes no se llaman de ninguna manera, para mí, al menos. Le he dejado hablar tranquilamente: estoy en mi casa. No me parece usted desprovisto de sentido; así es que escuche mi dilema.—Hubo una pausa, durante la cual Luciano opuso una mirada de hielo á los ojos de gato que Corentín le dirigía.—O se apoya usted en hechos completamente falsos, y en este caso no debo preocuparme de ellos, ó tiene usted razón, y entonces, al darle cien mil francos, le dejo el derecho de pedirme tantos cientos de miles de francos como Saint-Esteves pueda enviarme su mandatario de usted... Finalmente, para terminar de una vez su estimable negociación, sepa que yo, Luciano de Rubempré, no temo á nadie, atendido que no tengo nada que ver con los embrollos de que me habla usted; que si la casa Grandlieu pone dificultades, hay otras jóvenes muy nobles por casar, y que, además, no es ninguna afrenta para mí permanecer soltero, sobre todo ejerciendo, como usted cree, la trata de blancas con semejantes beneficios.

—Si el señor abad Carlos Herrera...

—Caballero—dijo Luciano interrumpiendo á Corentín,—el abad Carlos Herrera se encuentra en este momento camino de España y no tiene nada que ver con mi matrimonio ni con mis intereses. Ese hombre de Estado se ha dignado ayudarme con sus consejos durante algún tiempo; pero tiene que rendir cuentas á Su Majestad el rey de España; si tiene usted que hablar con él, le aconsejo tome el camino de Madrid.

—Señor—dijo categóricamente Corentín,—no será usted nunca el marido de la señorita Clotilde de Grandlieu.

—Peor para ella—respondió Luciano empujando con impaciencia á Corentín hacia la puerta.

—¿Ha reflexionado usted bien?—dijo fríamente Corentín.

—Caballero, no le reconozco ni el derecho de inmiscuirse en mis asuntos, ni el de hacerme perder un cigarrillo—dijo Luciano tirando su cigarrillo apagado.

—Adiós, señor—dijo Corentín.—No nos veremos más... pero habrá un momento de su vida en que daría usted la mitad de su fortuna por haber tenido la idea de llamarme en la escalera.

En respuesta á aquella amenaza, el abad hizo el gesto de cortar una cabeza.

—Ahora, ¡á la obra!—exclamó mirando á Luciano, que se había vuelto amarillo después de aquella terrible conferencia.

Si en el número bastante escaso de los lectores que se ocupan de la parte moral y filosófica de un libro, se encontrase uno solo capaz de creer en la satisfacción del barón de Nucingen, éste probaría lo difícil que es someter el corazón de una joven á máximas filosóficas cualesquiera. Ester había decidido hacer pagar caro al pobre millonario lo que éste llamaba su «día de triunfo». Por eso, en los primeros días del mes de febrero de 1830, aun no se había inaugurado el «palacito». «Pero, dijo Ester confidencialmente á sus amigas, que se lo repitieron al barón, por carnaval abro mi establecimiento, y quiero hacer á mi hombre feliz como un gallo de yeso». Esta frase se hizo proverbial en el mundo galante. El barón se lamentó profundamente. Como las personas casadas, se ponía bastante en ridículo, empezaba á quejarse delante de sus íntimos, y su descontento transpiraba. Sin embargo, Ester continuaba representando concienzudamente su papel de Pompadour del príncipe de la especulación. Había dado ya dos ó tres veladas sencillas con objeto únicamente de introducir á Luciano en la casa. Lousteau, Tillet, Rastiñac, Bixiou, Nathán, el conde de Brambourg, la flor de los taimados, fueron los concurrentes á la casa. Finalmente, Ester aceptó, como actrices en la pieza que representaba, á Tulia, Florentina, Fanny Beaupré, Florina, dos actrices y dos bailarinas, y además á la señora de Val-Noble. Nada hay más triste que una casa de cortesana sin el sol de la rivalidad, el juego de los vestidos y la diversidad de las fisonomías. En seis semanas, Ester se volvió la mujer más ocurrente, más divertida, más hermosa y más elegante de los parias hembras que componen la clase de las mujeres entretenidas. Colocada en su verdadero pedestal, saboreaba todos los goces de vanidad que seducen á las mujeres ordinarias, pero como mujer á la que un pensamiento secreto ponía por encima de su casta. Guardaba en su corazón una imagen de ella misma, que la hacía enrojecer y vanagloriarse á la vez; la hora de su abdicación estaba siempre presente en su conciencia; por eso vivía como doble, sintiendo piedad por su